BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO

BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

ADRIANO VI

OBISPO DE TORTOSA

POR
MANUEL BEGUER PINYOL
C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

No creemos esté fuera de lugar el ocuparnos, en estas páginas exaltadoras de las glorias ciudadanas, de un tan gran prelado como lo fué D. Adriano de Florencia, o de Utrech, quien honró sobremanera a nuestra gloriosa diócesis, distinguida ya y honrada entre las que más desde los lejanos tiempos de su creación apostólica. Y no lo creemos fuera de lugar, primero, porque encaja de lleno en los deseos de quienes amablemente me piden unas líneas difusoras de nuestras grandezas patrias, y segundo, porque cuantos asistan, dentro breves días, al solemnísimo Pontifical que, con severa pompa, se celebra en la Catedral dertosense el día grande de la Cinta, festividad de nuestra excelsa Patrona, han de evocar forzosamente la memoria de este nuestro Obispo elevado al supremo Pontificado. El prelado oficiante aquel día es siempre el Obispo de Tortosa y usa, como tal, el solideo rojo, el zuchetto de púrpura, propio de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana. Viéndole ya revestido de los ornamentos pontificales, pudieráis creer que también él es un Príncipe de la Iglesia, sucesor en la diócesis de aquellos Cardenales de Tortosa que se llamaron Ocon de Moncada, Adriano de Utrech, Guillermo Hincfort o Agustín de Spínola. Pero no. Es, sencillamente, el sucesor en la sede dertosense del Papa Adriano VI.

* * *

Quizás no hay otra diócesis en España que haya presenciado, como la nuestra, con indecible gozo, la impresionante ceremonia de ver oficiar en su Catedral a su propio prelado como Pontífice Máximo de la Cristiandad. Ese honor le estaba reservado a ella por la divina Providencia. Escasamente tres siglos y medio antes había recibido imponderablemente mayor al cobijar bajo las bóvedas de su Seo, entonces románicas, a la Reina de Cielos y Tierra cuando, acompañada de célico cortejo, se llegó a la nuestra, en prodigiosa y memorable noche, para honrarla con el don sublime de su Santa Cinta. Escogida en aquel entonces por la Madre de Dios para premiar amores, lo fué después por el Vicario de Cristo, su Hijo, para demostrar el suyo a sus feligreses antes de partir para Roma a fin de ser coronado Papa. Este hecho merece ser destacado. Pero es la vida toda de Adriano de Utrech, distinguido teólogo y escritor, prudente y piadoso —digno siempre de tenerse en la memoria», según uno de sus biógrafos—, lo que conviene destacar, y muy particularmente aquellos recuerdos que de este Obispo, trocado en Papa, conserva la ciudad y diócesis de Tortosa, por el regida desde casi seis años antes de ser elevado a la Cátedra de San Pedro.

* * *

Nacido en Utrech en 1459, estudió en Lovaina, y la fama de su saber y de sus virtudes le llevó a desempeñar la Cátedra de Teología en la universidad de aquella ctérica ciudad, de la que fué luego vicecanciller. Era deán de su Iglesia Mayor cuando fué elegido por Maximiliano de Austria para preceptor de su nieto Carlos I de España y V de Alemania y enviado, al cabo de un tiempo, como embajador cerca de nuestro rey Fernando el Católico, abuelo también del futuro César. Con aprobación pontificia designóle éste para Obispo de Tortosa, de cuya sede tomó posesión el 18 de noviembre de 1516, y a los pocos meses —el 27 de junio siguiente— fué creado Cardenal, con el título de San Juan y San Pablo, por S. S. León X, al que había de suceder en el solio pontificio.

Cuando Carlos I, el Emperador, partió hacia Alemania para ser allí coronado en 1520, el Cardenal Adriano fué nombrado Gobernador del Reino durante su ausencia, y hallándose en Vitoria por asuntos de la gobernación del Estado, recibió, a fines de enero de 1522, la inesperada noticia de haber sido elegido Papa el 9 de aquel mes, día en que acabó el laborioso Conclave que siguió a la muerte de León X.

Eran lentos los correos por aquel entonces y tardó en recibirse el nombramiento oficial. Astutillo, el noble español que como gentilhombre del Cardenal Carbajal trajo de Roma el Breve de su elección, no pudo llegar a Vitoria hasta el 5 de febrero, a causa de la cantidad de nieve acumulada aquellos días en los caminos que había de recorrer el ilustre mensajero. El Santo Padre, temiendo la gran responsabilidad del cargo, no se decidía a aceptarlo, cosa que hizo, por fin, después de madura reflexión, el día 16, en evitación de inminentes peligros que podían acaecer.

El 27 de aquel mes, el Cabildo de la Catedral de Tortosa, conocedor de la noticia, destacó una comisión de su seno para que fuera a Vitoria a cumplimentar a su prelado y expresarle el gozo con que la ciudad había visto su elevación al solio pontificio. La integraban, según el historiador Macip, D. Miguel Boteller, dignidad de Camarero; D. Francisco de Oliver, Prior Claustral; D. Juan Pellicer, dignidad de Sacristía; el canónigo D. Juan Llauradó, y el Padre Maestro Fray Baltasar Sorio, de la Orden de Predicadores, prestigioso Lector de nuestra Seo, cargo equivalente, en cierto modo, al de Magistral. Recibida en audiencia por el Santo Padre, el doctor Boteller pronunció en latín un muy elocuente discurso gratulatorio, al que contestó Su Santidad con frases muy afectuosas para la Iglesia de Tortosa, al decir de los historiadores, prometiendo venir a despedirse de sus diocesanos antes de partir para la Ciudad Eterna.

La comisión regresó muy satisfecha de la acogida recibida, pero seguramente en fecha muy anterior a la que consigna O'Callaghan en su «*Episcopologia*», ya que el 12 de marzo, según el autor del «*Itinerarium Adriani Sexti*», salió de Vitoria el Papa en dirección de Zaragoza y Tortosa, en cumplimiento de sus deseos y de la promesa hecha a aquellos capitulares. Con gran acompañamiento de gobernadores, nobles y magnates, se dirigió a Logroño, pasando por Santo Domingo de la Calzada, y desde allí a Zaragoza, donde reposó varios días. Pasando por Caspe y Favara y «atravesando pequeñas aldeas y caminos casi inaccesibles» llegó, no sin fatiga, a la capital de su diócesis, según nos dice el Dr. D. Blas Ortiz, autor de aquel «Itinerarium» antes citado, la vigilia del día del Corpus Christi, entrando en la ciudad por un puente de madera, que no era otro que nuestro viejo y famoso puente de barcas. Chocó al referido cronista la diferencia de trato y de costumbres de los catalanes, y nos dice que aunque la ciudad parecía predispuesta a la alegría por la feliz llegada de un tan gran Pastor, su entusiasmo fué distinto al que nos mostraron otras ciudades de Castilla y Aragón. Hospedóse el Pontífice en el palacio episcopal, y a la mañana siguiente, con motivo de la gran festividad del día, ofició en la Catedral, llevando con sus propias manos el Santísimo Sacramento en la solemnísima procesión, a la que asistieron gran número de prelados, caballeros vestidos de gala y una gran concurrencia de fieles. Y es curioso consignar, valiéndonos de las mismas palabras del canónigo Blas Ortiz [1], aparecía el Papa en aquella ocasión como un nuevo David, a causa de la espiritual alegría y gran fervor que al exterior mostraba en tan gran solemnidad». Terminadas las ceremonias, que difícilmente volverán a verse en nuestra Seo, el Obispo-Papa regresó con gran acompañamiento a su palacio, y parece ser que al bueno de don Blas no le parecieron ya los tortosinos tan fríos o apáticos como el día anterior.

El Padre Santo, no obstante su ansiedad por desempeñar en Roma su ministerio apostólico, no mostraba prisas por continuar su viaje. Se encontraba bien en su sede, y su prolongada estancia demostraba cuan grato le era estar entre sus feligreses. Pero aunque no olvidaba un momento los intereses que le competían, llegado el mes de julio decidió salir para Roma, acuciado por la urgencia de las circunstancias, y el día 8, un martes extremadamente caluroso, salió por la tarde para el puerto del barrio marítimo de La Angelita, donde embarcó, permaneciendo aquella noche y casi todo el día siguiente en el barco a causa del calor, descendiendo tan sólo de él al atardecer para dar un pequeño paseo antes de emprender su ruta. Después de la cena, partió con su séquito rumbo a Tarragona, para desde allí seguir a Barcelona, y desde ésta, en varias etapas, a la Ciudad Eterna. El Papa había permanecido casi un mes en nuestra tierra.

Antes de dejarla, el Cabildo catedralicio le hizo algunos presentes, y entre ellos, dice Martorell en su «Historia», manjares para el trayecto por un valor de cien ducados o más, «en señal de amor y gratitud por haber venido a despedirse». Fué un presente práctico y necesario en aquellos tiempos en que no había facilidad de adquirirlo durante el trayecto.

Hallándose en Tarragona, ocho días antes de partir, dió nueva prueba de amor a sus feligreses dertosenses en las personas de sus «amados hijos los pescadores de la ciudad de Tortosa», expidiendo en su favor «la primera Bula, fechada en la imperial ciudad el 28 de julio de 1522, sin esperar llegar a Roma. Por ella concedía permiso a los pescadores tortosinos para pescar los domingos y días festivos, exceptuando el de Pascua de Resurrección, «en el mar, en los ríos y en cualquiera otras aguas», con el fin de que con el producto de la pesca en dichos días pudieran ser redimidos del cautiverio moro aquellos pescadores, sus hijos o sus esposas, que hubieran sido capturados por los infieles, con la condición expresa de que depositaran el dinero recaudado en poder de los Regidores de la ciudad o de la persona por éstos y los pescadores designada, para que lo invirtiera exclusivamente en el rescate de los cautivos. Y por si ello fuera poco, encargaba a su Vicario General en la diócesis protegiera a los pescadores en el pacífico disfrute de esa extraordinaria gracia.

Es curioso constatar que llegado a Roma —donde, según frase del académico Mn. Lorenzo Riber, siguió llevando la misma vida que había llevado en su patria y en España: vida de santo—, no quiso desprenderse del Obispado de Tortosa, reservándolo para sí hasta que se vió en trance de muerte. Este hecho insólito de que un Papa, tan austero y virtuoso, retuviera para sí el título de Obispo de la diócesis por él regida con anterioridad a su elección pontificia, demuestra el afecto que le tenía. Pero si fuera poco tal prueba de amor, quiso que sus sucesores al frente de la diócesis gozaran del privilegio de usar el solideo rojo, como los Cardenales, como el cuando era llamado el Cardenal de Tortosa. Por eso desde entonces, entre los Obispos españoles, se distingue pronto el de nuestra diócesis por su solideo de púrpura. ¡Gloriosa diócesis la que goza de tal privilegio! En España no conozco otra. Verdad es que ninguna otra ha tenido, como la nuestra, un prelado que llegado a Papa siguiera ostentando el título originario de la suya, como nuestro Adriano VI, Obispo a la vez de Tortosa y de Roma. Pero también es verdad no habría otra que habiendo sido Obispo-Papa, no tuviera en lugar honroso y destacado su retrato, con una inscripción que recordara tal honor. Quizás tengamos que dar un poco de razón a D. Blas Ortiz, canónigo de Calahorra y luego de Toledo, de cuya archidiócesis fué Vicario General, al notar en los catalanes cierta frialdad o apatía. No hay en Tortosa una calle dedicada a honrar la memoria de este Obispo-Papa, ni un retrato suyo, ni una lápida en palacio. Recordamos el honor, es cierto, como recordamos a los hijos ilustres de esta tierra, pero lo recatamos egoístamente a los demás. Quizás va siendo hora de que, exteriorizando nuestra legítima satisfacción, comencemos a honrar a nuestros hombres pregonando sus gestas y perpetuando su memoria.

Figuraba entre el séquito que acompañaba al Soberano Pontífice un ilustre canónigo tortosino, de noble abolengo, gran benefactor de nuestra Seo, al que en un acta capitular del archivo catedralicio de Tarragona se le asigna el cargo de Mayordomo del Papa. Otra distinción ésta para el Cabildo dertosense [2]. Era el canónigo dignidad de Arcediano Mayor de nuestra Seo, D. Esteban de Garret, que en 1499 había regido al propio tiempo la parroquia de Gandesa y al que debemos la magnífiente capilla absidal del Santo Sepulcro, en la que tuvo su sepultura, y el rico relicario llamado de los Serafines, construído a primeros de siglo XVI y uno de los mejores que ha tenido nuestra Catedral. Ignoramos si le acompañó hasta Roma, así como el tiempo que le tuvo el Santo Padre como Mayordomo, pero sí podemos asegurar hizo los oficios de tal este ilustre canónigo de su diócesis de Tortosa.

El Obispo tortosino, sabio y asceta, guiado por el Espíritu de Dios, fué a Roma para reformar el mundo paganizado; pero su programa austero no fué bien recibido en aquel siglo de ambiciones y de corrupción, comenzando presto su calvario. Fué breve, sin embargo, porque corta fué su vida. El 14 de septiembre de 1523 dejaba de existir, a los 64 años de edad. Se dijo que había muerto envenenado, aunque lo cierto es que murió de muchas cosas, pero sobre todo de la guerra que estaba a punto de reanudarse en Lombardía. Como Pío X —el gran San Pío X—, fué una víctima anticipada de la lucha bélica. El Cardenal Datario Guillermo Enchinfort, Hinchfort o Enlenvoest (que de todas esas maneras se le apellida), su íntimo y confidente, le mandó eregir un hermoso mausoleo, quizás en agradecimiento a haberle creado Cardenal tres días antes de su muerte y de haberle conferido, con muy pocos días de anterioridad, el Obispado de Tortosa, que el Papa había querido siempre reservar para sí. En el lecho de muerte se lo dió a este clérigo flamenco, su amigo, que había de sucederle también en el Cardenalato con el mismo título de San Juan y San Pablo. En el epitafio del sepulcro se hace constar que el Papa enterrado en él fué un Obispo de Tortosa. ¡Hasta después de muerto, Adriano VI unió su egregio nombre al de su querido Obispado!

(1) «Itinerarium Adriani Sexti» Impreso en Toledo en 1541.

(2) «Dop. ferta facta de libro sacristarii a com p. celebrarer missas suas. Ambrosi et Bar diligencia con Rdo Eg.° de Aragon et scribanis de l' Archiep.° Tarracon. et Onofrio Caporo scribas. ET SUBSIMASSO DE GARRET MAIORDOMUM QUE. DE. Pape.»

Font: biblioteca.tortosa.cat